

DANIEL BARBADILLO DUBON
@ANIMALISMOPOETICO



LOS PARAÍOS FINGIDOS


ESPASA ES POESÍA

LOS PARAÍOSOS FINGIDOS

Daniel Barbadillo Dubon

@animalismopoetico



ESPASA ES POESÍA

ESPASAEsPOESÍA

© Daniel Barbadillo Dubon, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

© Ilustraciones del interior y de la cubierta: Sarah Ayuso

Diseño de la cubierta: © Planeta Arte & Diseño

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 18.498-2020

ISBN: 978-84-670-6049-2

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Liberduplex

Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMER ACTO

AMANECER

HAMBRE



COLISIÓN

12:15

Abro la puerta de tu despacho
con la inquebrantable certeza
de que la persona
que saldrá de aquí
en unos pocos minutos
no tendrá nada que ver
con el cadáver ambulante
de este ser diminuto
que interpreto a duras penas
entre las mañanas
teñidas de luto
y las noches
ficticias de verbena.

Te saludo,
pero tú no dices nada.
Te limitas a levantar la mirada
con la precisión de la leona
que avista su ansiada presa,

mientras yo
no soy capaz
de hacer nada más
que preguntarme con sorpresa,
en qué afortunado momento
decidió el destino
dibujar una diana en mi pecho,
para que a ti
te fuera tan sencillo atravesarlo.

No sé bien cómo explicarlo,
pero de algún modo siento
que todo lo que me ha tocado
vivir antes
de este monótono jueves de oficina,
no ha sido más
que un absurdo entrenamiento,
una broma pesada en forma
de días fotocopiados
que solo me estaban preparando
para ser consciente
de que hoy tengo la suerte
de presenciar una estrella fugaz
que ha descendido del cielo
para cruzarse en la órbita
de este asteroide errante
harto de formar parte

de un desdibujado firmamento
que siempre le relegaba
al lamentable papel de figurante.

La verdad
es que mientras intercambiamos
las palabras átonas
dictadas por nuestros jefes
desde sus guiones grises,
no puedo parar de pensar
en que deberíamos saltárnoslos
para abordar cuanto antes
los términos de nuestro
tratado de paz privado.

Porque yo,
aunque aún no pueda decírtelo,
me he rendido,
así que en secreto
me declaro, desde ya,
absoluto perdedor de una batalla
que ni siquiera sé
si llegará a librarse,
aunque espero que sí,
porque sería una pena
darle la espalda a este pálpito
y seguir cumpliendo la condena
de respirar el aire asmático

de los cobardes impasibles
que no conciben
que la única manera
de vivir de verdad
es alimentándose del aliento puro
de los precipicios impredecibles.

Lo más impactante de todo este asunto,
en el que de improviso
nos hemos visto envueltos
es que este alud de pensamientos
se ha apoderado de mí
en los pocos minutos
que hemos tenido que compartir
con una charla aburrida de trabajo.

Ojalá de repente me miraras
y me lanzaras una pregunta,
cualquiera,
porque, por muy alocada que fuera,
yo podría contestarte un «contigo»
que te demostraría,
sin lugar a dudas,
que tú eres la respuesta
a todas las súplicas
que un ateo como yo,
solo se atreve a pronunciar a oscuras.

Pero sé que hoy no podemos tener
nada más que una conversación intrascendente,
así que simplemente
me dedico a disfrutar
de este momento
que juntos
le hemos robado al sufrimiento.
Y me despido de ti
deseando que nuestros caminos
famosos ya por ser adictos
a las direcciones equivocadas,
esta vez escuchen mis plegarias
y pronto decidan volvernos a cruzar.

COLISIÓN RECAÍDA

00:15

Abro la puerta de mi casa,
cansado y arrepentido
de haber cogido de nuevo
el transbordo
que siempre desemboca
en la barra de un bar.

La saludo,
pero no está.

Da igual.
Le dedico mi mejor sonrisa
a esa foto antigua de nosotros
que aún no he tenido,
el valor de tirar.

No sé bien cómo explicarlo,
pero siento que ya ni siquiera

soy capaz de respirar.
Sufro un alud de pensamientos
que ametrallan mi cabeza sin parar
hasta convertirla
en una orquesta sinfónica
que solo sabe interpretar
el triste adagio del fin del mundo.

Y así es como me siento
cada puto segundo,
como un usurpador,
como un polizone
que espera resignado a que Caronte
lo abandone en una orilla desolada
donde por fin morir de pena.

Por más que lo intento,
no logro exiliar a mi corazón
de la eterna condena
en la que vivo
desde que la mujer que me acompañaba
decidió expulsarme
de todas las futuras verbenas
que llevaban nuestro nombre.

Ya ni siquiera bebido
consigo recordar que antes,

en algún momento previo
a la incineración de este calendario
plagado de celebraciones nonatas,
yo me sentía un hombre.

Ahora soy poco más
que la sangre en el alambre
cayendo impávida en una tierra árida,
que antes prometía flores
a los amantes primerizos.

La verdad
es que ya no recuerdo el hechizo
que debía llevarme de vuelta a casa,
y lo que es peor,
siento que, si consiguiera volver,
no habría nadie esperándome.

Supongo que, por no enfrentarme de nuevo
a la soledad de un brindis hueco
y por otras muchas excusas baratas
que le dedico al espejo,
hoy he vuelto a rebajarme
proponiendo tomar un mísero café
a la persona, que hasta hace unos días,
debía compartir mi vida o, al menos,
ayudarme a darle algo de sentido.

Pero como era de esperar,
su respuesta ha sido la de siempre
un «ya nos veremos,
si lo quiere así el destino»
que no ha hecho más que ahondar
en una herida tan profunda
que se ha convertido
en mi rasgo más característico.

Qué jodido es
que lo que mejor te defina como persona
sea el dolor que otra te provoca.
Y más cuando tantas veces
la disfrazaste de oasis
y jugaste a inventar
un millón de antídotos
con el néctar de su boca.

Pero hoy, esa loca
me ha obligado con su apatía
a enterrar para siempre toda la poesía
predestinada a ser nuestra,
cuando ha vuelto a tratarme
como si no mereciera otra cosa
que vivir recluido en una sala de espera,
desesperado porque llegue mi turno

para resguardarme
de la intemperie entre sus piernas.

Por eso hoy la maldigo
y cierro para siempre su libro.
No habrá más oportunidades.
No volveré a ser el suicida
que se tira solo a la piscina
consciente de que no tiene agua.

Sé que lo he dicho muchas veces,
pero esta es la definitiva.

Lo más sensato sería dejarme llevar
por el bello espejismo
del que he sido víctima por la mañana.

Mi compañera de trabajo me llama,
como tantas otras chicas interesantes
lo han hecho antes.
La diferencia es que esta vez
voy a responder.
Con esta carta sin remite,
este soldado se despide
del despiadado anochecer.